

CARCEL POR AMOR

La novela de Alvaro Pineda-Botero *Cárcel por Amor*, una historia ligera, en apariencia, relata la vida del pintor Aurelio Méndez Tovar, y como se afirma en la nota «al lector», la novela se escribe a solicitud de su hermana Gabriela (muerta hace poco tiempo) para aclarar ante el público las circunstancias que llevaron al pintor a su reclusión (en un sanatorio) y posterior muerte. Este artificio nos acerca a la obra con la sensación de iniciar la lectura de una historia real, lo que nos compromete con el protagonista quien busca actuar en la vida y al mismo tiempo escribir o dibujar. La novela es una reflexión sobre el arte, sobre la dificultad de pintar realmente una escena de la vida o una mujer. Ficción (creación) o realidad es el juego inicial que nos propone *Cárcel por Amor* a través de la lectura que del diario del pintor hace Gabriela a la doctora DD en la ciudad de Nueva York nos introducimos a un presente vida-escritura-pintura y deambulamos por la ciudad de la mano con Aurelio, tomando notas, sintiendo temores persecutorios, olores, recuerdos pero especialmente viendo la posibilidad de la pintura en cada esquina y en cada sombra que se atraviesa una mujer.

Cárcel por Amor, la novela que leemos, o que oímos de los labios de Gabriela, es la nueva lectura de la novela de Diego de San Pedro, «Cárcel de amor», texto que acompaña a Aurelio y que su hermana rescata dentro de las pertenencias de éste, después que asesina a

su amante Susan en la habitación de un hotel en N.Y. La novela de «San Pedro» escrita hace 500 años se convierte en un diálogo entre el amor cortés y éste, mundano. Tal artificio invita a identificar dos niveles en la novela, el primero, el visible y allí abajo, el otro, el sutil. Nueva York (parte del visible), se presenta como un paisaje que el pintor recorre o que re-vive detalladamente, allí están los cuadros colgados en la galería, el apartamento de Susan y en general la cartografía de la ciudad, bajo todo esto, las anotaciones en la libreta, la imagen de una gran mariposa que desde la primera página nos persigue (y no sólo tipográficamente), las madremones de las pinturas cuyas imágenes se mezclan con las amantes de Aurelio, los unicornios, las experiencias en el mundo submarino, el hombre de Chapinero que lo persigue por las calles de la ciudad transformándose en muchos personajes, el mundo interior de Susan, entre otros. Aspectos que emergen al espacio real tocándonos como lectores, habitantes de ciudad, constructores de espacios imaginarios, que de alguna forma compartimos con Aurelio sus temores y sus dudas.

Alvaro Pineda - Botero

CÁRCEL POR AMOR



Novela
Pijao editores

La pintura y la escritura

«Es más fácil escribir que pintar» afirma en alguna oportunidad Aurelio cuando al tomar nota de todo lo que sucede a su alrededor plantea la distancia entre escritura y pintura.

Cárcel por Amor. - Alvaro Pineda Botero.
Bogotá: Pijao Editores, noviembre 1994.

Escritura significa sucesión de palabras, el paso del tiempo; pintura es todo en un mismo instante. Lo real y lo irreal están allí en un mismo plano para que puedan ser captados, pintar es expresar en presente, escribir es hacerlo en pasado y Aurelio es consciente de ello: «Es fácil reproducir el pasado inmediato. Mucho más difícil el presente, porque éste se convierte en pasado a gran velocidad, y cuando uno lo registra en la escritura ya no está presente. ¿Lograré algún día sobreponerme a esta limitación técnica y escribir o dibujar el futuro?» (p. 74). Sin embargo, Aurelio es un pintor, la imagen se sobrepone a la escritura. Al tomar notas en la Penn Station, se apoya en el pedestal de la estatua de Samuel Rea para dibujar y la descripción que hace de los rabinos al captarlos inmovilizados en una quietud de piedra es la mirada de un pintor, no la de un escritor. Lo que se ve al fondo de esta discusión es la necesidad de la imagen visual para complementar la escritura.

Hoy la palabra escrita es arrollada rápidamente por la imagen. Aurelio, y Alvaro, el autor, son conscientes de ello, la alternativa no es escribir o pintar. Aurelio realiza ambas cosas, la una le resulta dependiente de la otra, la pintura le permite expresarse, sumergirse en un mundo submarino o selvático pero al final termina escribiendo, y no lo salva la pintura, lo salva la escritura de un diario que es el que leemos, por el que lo reconocemos. Pineda-Botero nos deja a dos aguas: narrativa o pintura, realidad o ficción, pasado o presente o la discusión final, esa que se resuelve en el inter-texto en el espacio dejado por la novela de Diego de San Pedro y la de Alvaro Pineda-Botero o entre Leriano y Aurelio.

Una novela de la urbanidad

Si bien la ciudad de Nueva York está muy bien descrita y la novela es la oportunidad para reconocer la diversidad o la multiplicidad, la ciudad no es únicamente el escenario

de *Cárcel por Amor*, es sobre todo, el mecanismo para arrancar a Aurelio de su espacio, Bogotá, y trasladarlo al pasado, a una ciudad que parece, al igual que la novela «Cárcel de Amor», subyacente en la vida de Aurelio Méndez Tovar. Es decir, ciudad y novela (la de San Pedro) son espacios ya transitados (por Aurelio) y lo que leemos u oímos de labios de Gabriela es de alguna forma lo recordado, lo re-vivido o re-caminado.

No hay sorpresa en el deambular de Aurelio por la ciudad. La descripción que realiza de ésta es producto de un personaje que la ha asumido y ella se convierte en la excusa para la reflexión interior. El arte y el amor son para Aurelio los dos elementos de conflicto: «he aprendido más del arte que de la vida», dice en una oportunidad; ¿cómo actuar (vivir) y dibujar al mismo tiempo?; o ese disparo directo a la crítica cuando al referirse a la obra señala que ésta simplemente es, y cualquier intento por convertirla en discurso es una falsificación; qué horrible ver en todas, la mujer que se busca y no encontrarla en ninguna, sintetiza Gabriela al referirse a su búsqueda infructuosa del amor.

La novela es el intento por realizar la pintura. Es una búsqueda de un mundo donde vida y arte sean la misma cosa. Aurelio Méndez Tovar, es un hombre solitario que se enfrenta en la ciudad, al arte, como él mismo lo señala: «*Estoy solo. Me interno por un muelle en ruinas, indiferente al frío, a la lluvia y al viento, y camino hasta el final, hasta un poste del que cuelga, como a tres metros de altura, una lámpara ennegrecida y de luz macilenta.*» (p. 86).

Por ello, la locura, el sexo, Susan o cualquier otra mujer son sólo los intersticios que permiten penetrar a una lectura más profunda que subyace, esperando un lector cuidadoso, que desmonte la discusión que por ahora reconozco como la fundamental en la novela: vida-arte y escritura-pintura.

Carlos Luis Torres

*Magister en Literatura
Profesor Departamento de Literatura
Pontificia Universidad Javeriana*